

EL REFLEJO DE LA VERDAD

Autor: Laura Valentina Ramírez Hernández

Ilustrado de Sarah Milenā Romero



EL REFLEJO

DE LA VERDAD

EL REFLEJO

DE LA VERDAD

Laura Valentina Ramírez Hernández

Ilustraciones de Sarah Milena Romero



© Institución Universitaria Politécnico
Grancolombian

EL REFLEJO DE LA VERDAD
Abril de 2021

Digital ISBN: 978-958-5142-35-0
E-ISBN: 978-958-5142-36-7

Editorial Politécnico Grancolombiano
Calle 57 No. 3 – 00 este
Tel: 7455555 ext. 1516
Bogotá, Colombia.

AUTORA
Laura Valentina Ramírez Hernández

DISEÑO E ILUSTRACIÓN
Sarah Milena Romero

EDITOR(ES)
Victoria Eugenia Peters Rada
Marcela Fernanda Tellez Pedraza

DIRECTOR EDITORIAL
Eduardo Norman Acevedo

ANALISTA DE PRODUCCIÓN EDITORIAL
Carlos Eduardo Daza Orozco

CORRECCIÓN DE ESTILO
Eduardo Norman Acevedo

Xpress Estudio Gráfico y Digital

Creado en Colombia

Xpress Estudio Gráfico y Digital

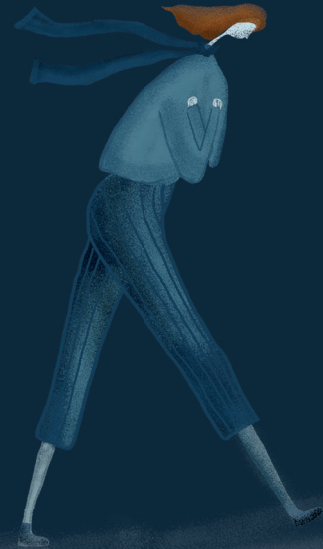
Todos los derechos reservados.

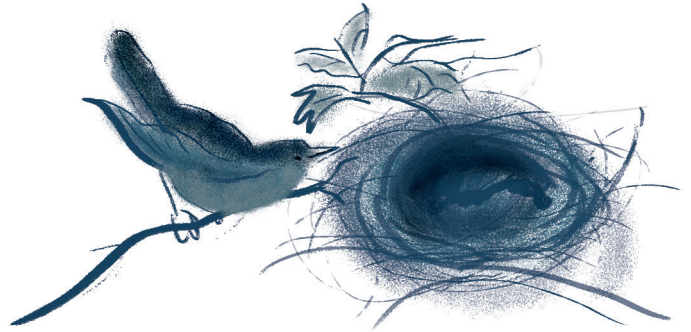
No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su tratamiento en cualquier forma o medio existentes o por existir, sin el permiso previo y por escrito de la Editorial de la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano. Para usos académicos y científicos, la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano accede al licenciamiento Creative Commons del contenido de la obra con: Atribución – No comercial – Sin derivar - Compartir igual. Este libro es resultado de un proceso académico-investigativo de la Facultad de Ingeniería, Diseño e Innovación y la Facultad de Sociedad, Cultura y Creatividad.

Las opiniones expresadas son responsabilidad exclusiva del autor(es) y no constituye una postura institucional al respecto.

La Editorial del Politécnico Grancolombiano pertenece a la Asociación de Editoriales Universitarias de Colombia (ASEUC)

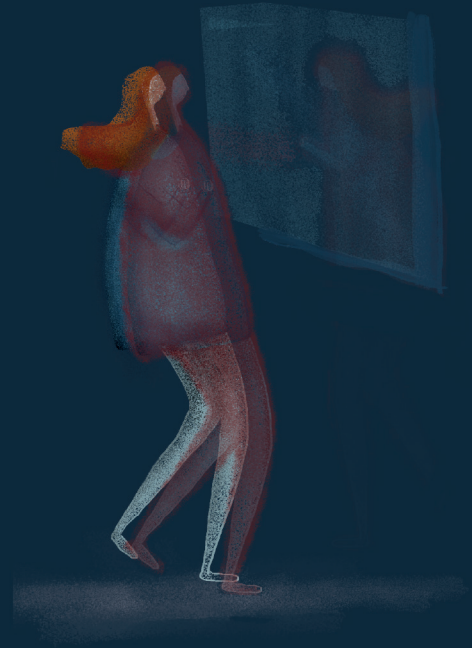
A todas las mujeres...

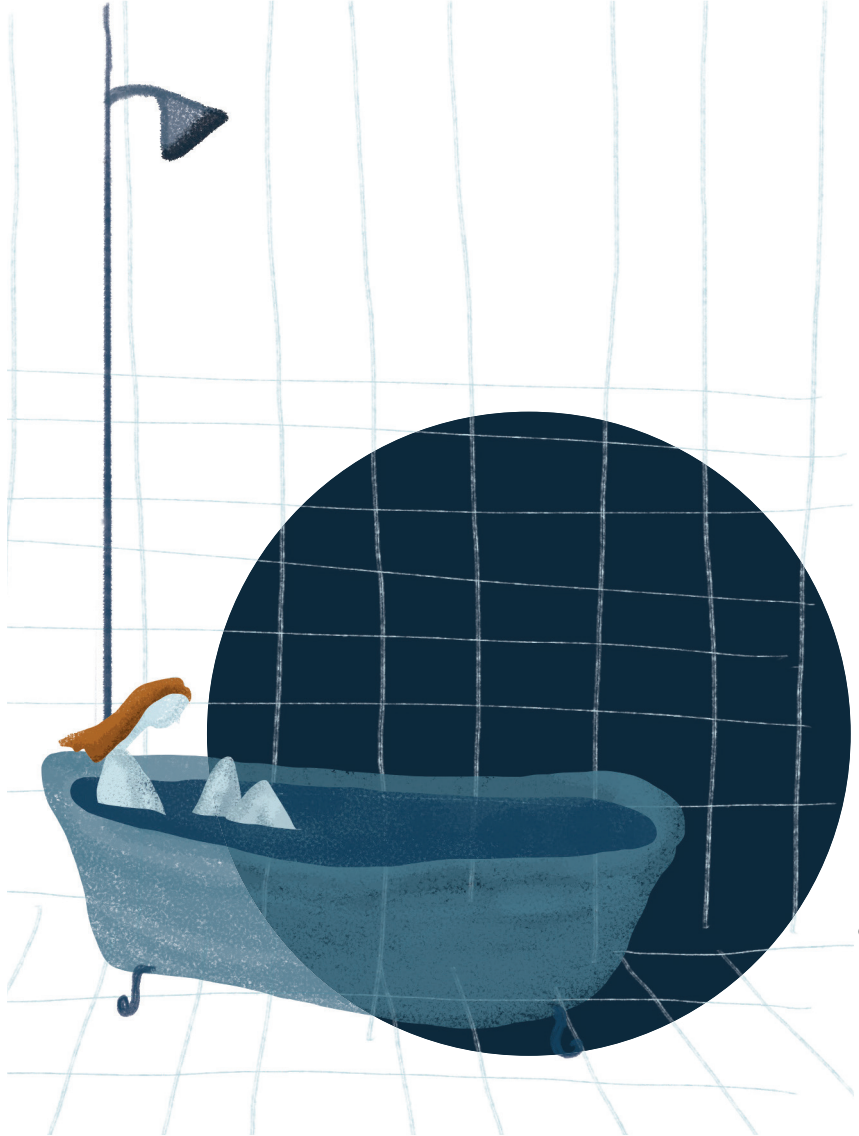




Inicia un nuevo día. María se levanta a las 8 de la mañana como de costumbre, se sienta al borde izquierdo de la cama, frota sus ojos y levanta sus brazos tan alto como puede para desperezarse. En seguida, se dirige al costado derecho de la cama donde se encuentra la ventana, abre las cortinas, observa detenidamente el hermoso cielo tan azul y cálido que trae la mañana y sonrío al ver justo en frente del ventanal, a un par de pajaritos en la copa de un árbol haciendo su nido.

De repente, María brinca del susto al ver un reflejo muy parecido a ella en el cristal. El rostro reflejado es extremadamente hermoso, tiene un largo cabello rojizo, ojos almendrados color esmeralda, nariz delgada y respingada, labios delgados, voluminosos y con un ligero tono carmesí, y su piel es de ensueño, tersa como la seda con un toque bronceado. Pero no, no es María, los ojos de esmeralda de esa aparición reflejan una mirada oscura, penetrante, tentadora y algo malévola, muy diferente a ella.





Al paso de unos segundos, María baja la mirada, cierra sus ojos con fuerza, los abre y se dirige nuevamente al costado izquierdo de la cama donde reposan dos puertas. Abre rápidamente la del lado izquierdo que corresponde al baño, entra, coloca música en su celular y se dirige a bañarse.

Tiempo después, luego de organizar su cuarto, la joven termina de vestirse y arreglar su largo cabello rojizo. Llena de energía, sale del cuarto por el pasillo que comunica con las otras dos habitaciones, llega a la cocina y toma una taza de café para acompañar la lectura de un periódico en la sala.



Al cabo de una hora, un fuerte golpe irrumpe la tranquilidad de María. Es la puerta, que al ser abierta bruscamente choca contra la pared mientras una mujer de tez blanca, cabello lacio y negro, ojos almendrados color miel, cejas marcadas, labios voluminosos, nariz respingada y delgada, entra al apartamento.



Es Clara, la mamá de María, quien tambaleando trata de mantenerse en pie. Con una de sus manos sujeta unos tacones de plataforma, con la otra, un bolso negro de Channel. Está acompañada de un corto vestido dorado muy llamativo, que apenas logra cubrir algo de su cuerpo delgado y de medidas simétricas.



—Buenos días hija hermosa, ¿cómo estás mi amor?

Dice Clara con voz entre cortada acercándose a María.

—Bien mamá, mejor que tú, por lo que veo.

Contesta ella con el ceño fruncido, pero internamente sabe que aquella situación es habitual.





Sentándose justo al lado de su hija, Clara le da un beso en la frente a María, quien se aleja y hace un gesto de desagrado luego de sentir el fuerte tufo que emana la boca de su mamá.

En un abrir y cerrar de ojos Clara se queda dormida en el sofá, habiendo dejado en el piso todo lo que cargaba en sus manos.

Inmediatamente María sube sus piernas al mueble y las cubre con una manta que reposa en el espaldar del mismo. Luego, se dispone a preparar algo de comer para ambas mientras inician sus clases virtuales de derecho a las 12 del mediodía.



Siendo las 4:00 p.m. y después de una gran jornada de estudio, María, en su habitación, alista un pequeño bolso rojo, guarda su celular, su billetera, las llaves del apartamento, un labial de estuche dorado y una botellita de cristal que contiene una infusión.

Sale algo apresurada del cuarto, se despide de su mamá quien acaba de abrir los ojos luego de un sueño profundo, toma la chaqueta que está colgada en el perchero, ubicado justo al lado de la puerta, y se dispone a salir. En la recepción del conjunto la está esperando un taxi con un hombre en su interior, vestido de traje negro y lentes oscuros, quien está al volante.

— Señorita María ¿Cómo se encuentra hoy?

Pregunta el conductor con una leve sonrisa.

— Bien, gracias.

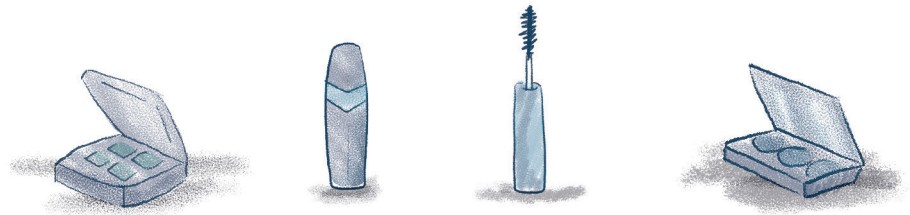
Le dice la joven con un ligero gesto de duda. El hombre de traje enciende el vehículo y lo pone en marcha.

Al cabo de un tiempo, el taxi arriba al destino predeterminado de María. Ella agradece, se baja y camina unos cuantos pasos mientras su silueta se desvanece al cruzar una puerta.



El reloj marca las 5:00 p.m. en punto. Andrea llega al camerino del bar, deja sus cosas en una repisa y se sienta frente al tocador. Tomando un cepillo y mirándose fijamente al espejo, peina su cabellera rojiza de arriba hacia abajo haciendo gestos de picardía. Sus ojos color esmeralda expresan una mirada penetrante, tentadora.

A continuación, aplica una espesa capa de maquillaje en su rostro, lo sella con polvos y empieza a difuminar una potente sombra color negro en sus párpados.



Termina con unas imponentes pestañas postizas y algo de rubor. Luego, se dispone a sacar del bolso, que anteriormente había puesto en la repisa, un labial de estuche dorado junto con un pequeño frasco de cristal. Se sienta nuevamente, abre el estuche, saca la barra roja de labial, lo aplica en sus labios con movimientos suaves y delicados cuidando no salirse del borde. Deja el labial en el tocador, sonríe luciendo sus labios voluminosos y empieza a quitarse la ropa dejando ver una provocativa lencería.



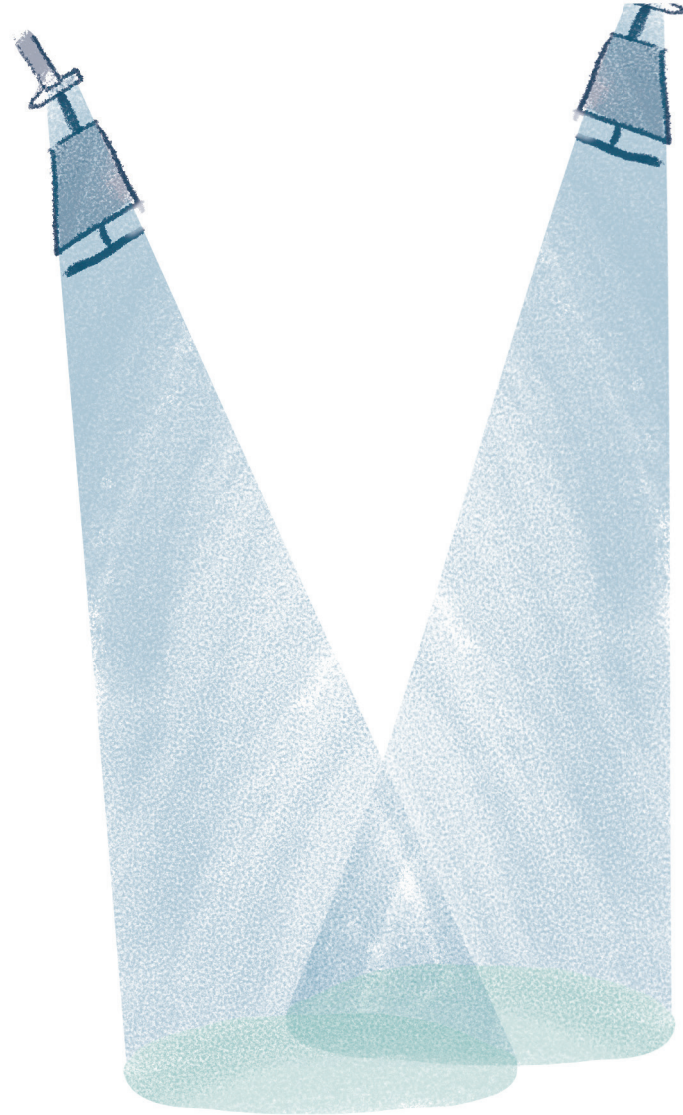
Cuelga las prendas en un perchero ubicado al lado derecho, toma el frasco de cristal, le retira la tapa, deja caer en la palma de su mano izquierda unas cuantas gotas de la infusión de feromonas que contiene este, las frota entre ambas manos, inhala el aroma que emanan y se aplica la esencia desde el cuello pasando por el escote hasta la zona de su pelvis.

De repente tocan la puerta. Entra un hombre de aproximadamente 30 años, es Carlo, un empleado del bar.

— Andre, ¿lista? En cinco minutos sales.

Dice con una melodiosa voz picándole el ojo. Andrea lo mira a través del espejo, asiente con la cabeza, le manda un beso y acomoda por última vez su cabellera.





Carlo, sale del camerino, Andrea se pone de pie, levanta sus senos con ambas manos y dando media vuelta se dirige hacia la puerta. Toma la perilla, la gira y al jalarla, una bella mujer que estaba justo en frente de la puerta la mira con picardía de arriba hacia abajo, sonrío y le dice:

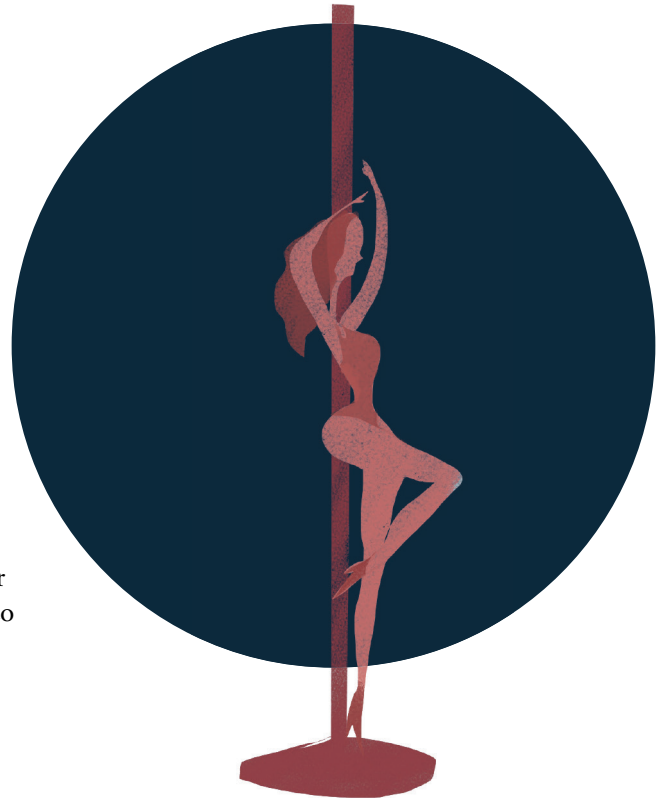
— Mija, usted cada vez mejor. Hágale pues que afuera la están preguntando los clientes. Tome los zapatos, póngaselos rápido.

Andrea, eufórica se cambia de calzado y rápidamente sale del lugar. Yendo a mano izquierda y caminando por un oscuro pasillo, Andrea llega hasta un pequeño escenario.

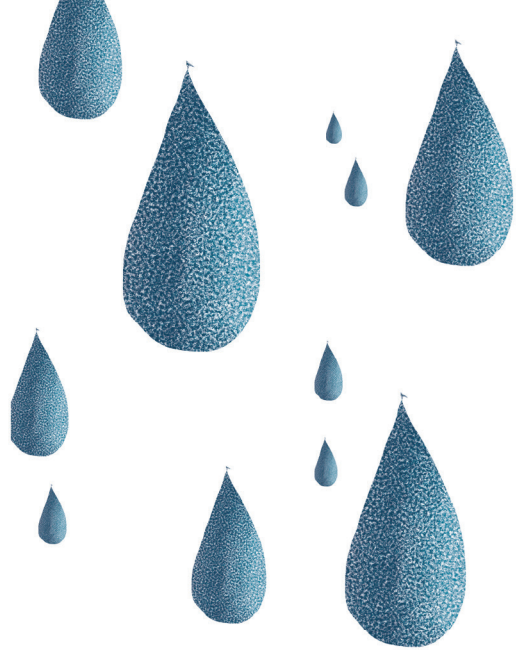
En cuestión de segundos un telón rojo de terciopelo se abre justo cuando el rostro de la joven es iluminado por dos reflectores, los aplausos y gritos del público netamente masculino no se hacen esperar.

Suena de fondo una melodía, es la señal que indica que el show debe comenzar. Andrea realiza un sensual baile, mueve sus caderas lentamente, avanza unos cuantos pasos mientras toca sus senos y pelvis de manera reiterada. Continúa bailando, sonrío haciendo gestos provocativos, toma con ambas manos el tubo que reposa en la mitad del escenario y empieza a subir y bajar al ritmo de la música.

Los hombres empiezan a gritarle para que se quite una prenda, ella hace el amague de abrir más su escote, se ríe, estira la mano para recibir unos cuantos billetes, manda un beso al público y sale del escenario acompañada del telón que, poco a poco, se va cerrando.

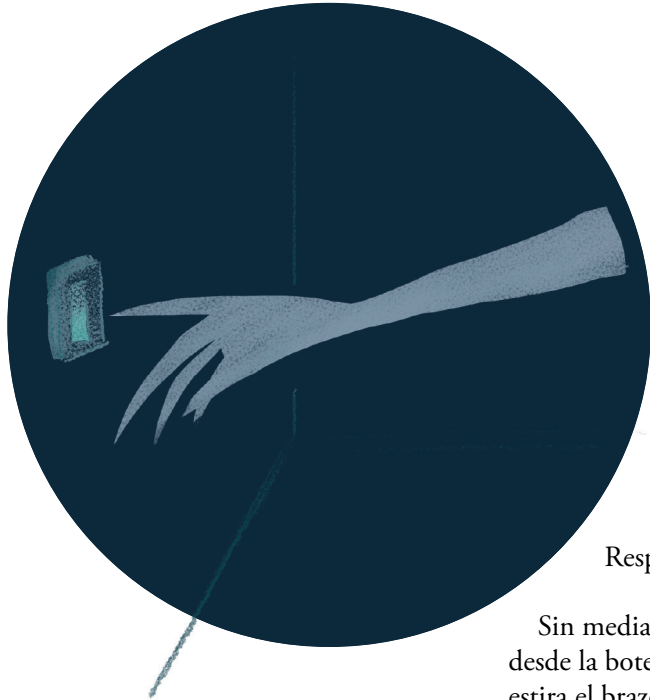






Antes de llegar al camerino Andrea es abordada por Carlo, este le dice que ya hay clientes esperando y que como son muchos le toca rápido para cubrir la cuota del día.

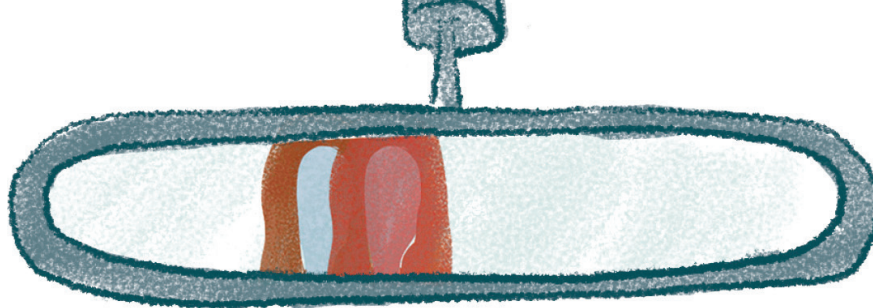
De inmediato, Andrea entra al camerino, toma un poco de agua, se aplica unas cuantas gotas más de la infusión haciendo énfasis en el busto y abandona el lugar de forma apresurada. Entra a una habitación ubicada justo al lado derecho del camerino. Un hombre de canas abundantes la espera allí sentado al borde de la cama.



—Hola Andreita, que rico verte de nuevo.
Le dice aquel hombre mientras bebe una copa
de vino.

—Hola señor Mauricio, lo mismo digo.
Responde Andrea después de darle un beso en la boca.

Sin mediar más palabras, la joven toma un poco de vino
desde la botella, abre la camisa del hombre, se quita los tacones y
estira el brazo para apagar la luz.



A las 3 de la madrugada, María espera en la calle el arribo del taxi que horas antes la había transportado. Cuando llega, el conductor la saluda y le abre la puerta desde adentro.

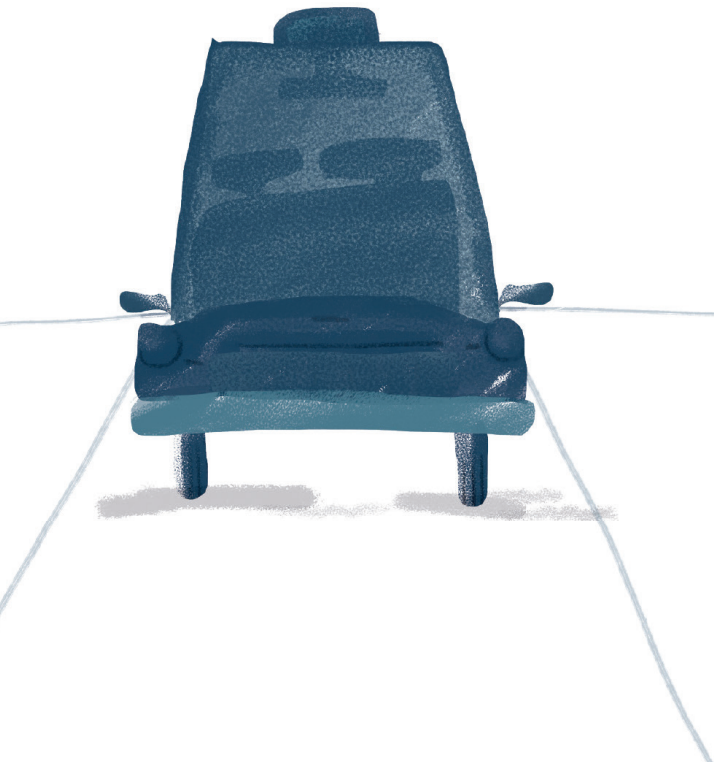
— Buenos días, Francisco, ¿cómo le terminó del ir?

Dice María al subirse.

— Muy bien, gracias. Y usted, ¿cómo se encuentra?, ¿qué tal el trabajo?

Responde el hombre mientras pone en marcha el vehículo.

María medio confundida, como si no supiera qué responder, baja la mirada, aprieta las piernas con fuerza, cruza los brazos atemorizada y empieza a alucinar. Pequeños destellos de situaciones confusas se apoderan de su cabeza, cierra los ojos con fuerza, los abre y, sin planearlo, fija su mirada en el espejo retrovisor del taxi y ve a una extraña mujer, la misma que estaba en el reflejo de la ventana de su cuarto en la mañana. Anonadada, María reconoce a aquella mujer, es Andrea, la puta que ha hecho su vida miserable.



— Señorita María, señorita María, ¿está bien?
¿Quiere que pare?

Repite el conductor algo confundido y nervioso.

— No, avance. Necesito llegar ya a mi casa.

Contesta la joven con un tono fuerte en su voz transformando radicalmente su actitud, Francisco asiente y acelera el vehículo para cumplir la orden.

Luego de un rápido viaje, llegan a la portería del conjunto de María, esta se baja sin decir nada, cierra la puerta con un golpe fuerte y se marcha. Pasa la portería, toma el ascensor, llega al piso de su apartamento, se acerca a la puerta, la abre y entra silenciosamente.

María se dirige a su cuarto, abre la puerta y la cierra poniéndole el seguro.



— Ahora sí queridita, vas a dejar de atormentarme. He tenido que soportarte durante mucho tiempo, has hecho mi vida miserable... ¡Maldita!

Proclama María como si se tratara de una trágica escena teatral.

— No te soporto más, no te soporto más.

Repite una y otra vez mientras, impaciente, parece buscar algo. Una irónica risa se escucha en la habitación, es Andrea quien en actitud burlesca

y tentadora camina por todo el espacio.

— No me hagas reír, tú no eres capaz de nada. Hemos estado juntas los últimos cinco años y bien que lo has disfrutado. No te hagas la mosquita muerta.

Luego de pronunciar esas palabras, Andrea se detiene al ver su reflejo en el espejo y como es típico en ella empieza a admirar su sensual belleza. Toca su cabello rojizo, sus labios carmesíes, pasa lentamente sus manos por el contorno de su cuerpo y mira fijamente aquel segundo reflejo que se posa en el cristal, justo en frente de la ventana.

María toma a Andrea por el cabello, la acerca lentamente a la ventana y agarrándola con fuerza provoca que algunas lágrimas se asomen por sus ojos.

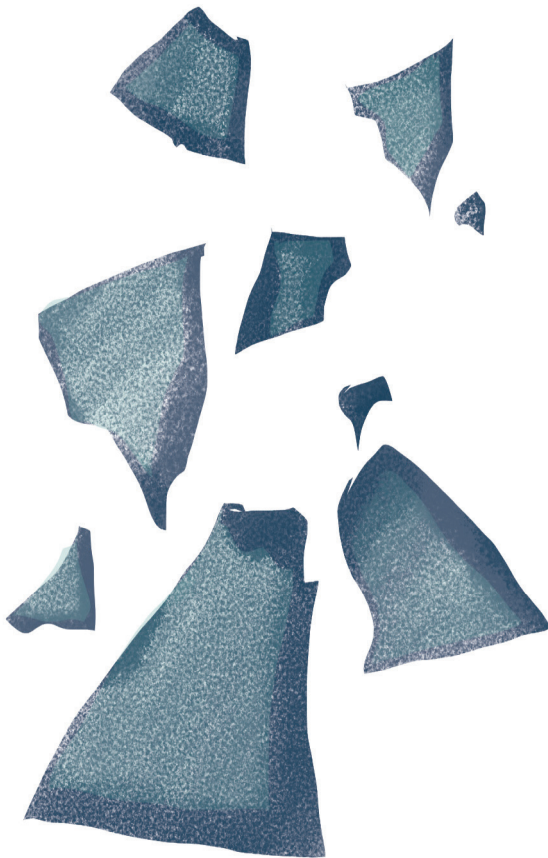
— Mírate...

Dice Andrea.

— Dices no ser como yo, pero en el fondo sabes que no es cierto, eres más yo, que tú misma.

María da un fuerte grito desgarrador y sin medir consecuencia golpea a Andrea contra la ventana fragmentando todo el cristal. Se agacha y con su mano derecha toma un pedazo de vidrio del suelo, agarra con más fuerza la cabeza de Andrea, la estira y con un rápido movimiento corta su garganta.





Desde afuera se escucha:

— María, María, ¿qué pasó? Hija, ¿estás bien?

Grita la mamá de María mientras golpea la puerta.

— Hija, ¿qué rompiste? Por favor María, me estás asustando.

Continúa diciendo reiteradamente, al no conseguir respuesta...

Clara empieza a forzar la puerta hasta abrirla, sin saber la sorpresa que se llevará. María junto a su cama, yace muerta en el suelo rodeada de cristales rotos bañados en sangre, con la garganta cortada.

Este libro fue ilustrado
en el mes de mayo del año 2020
en medio de una pandemia global
y confinamiento obligatorio a nivel nacional.



Esta es la historia de una joven obligada a ejercer la prostitución desde los 18 años como medio de sustento. Debido al radical cambio de vida que enfrentó, su mente desarrolló un trastorno de personalidad como mecanismo de defensa para aislarla de la realidad. María y Andrea, aunque compartían el mismo cuerpo, nunca llegarían a ser la misma persona.

